1. Estudio en escarlata

Los dos amigos llevaban diez minutos de silencio y mutua incomodidad cuando Antonio decidió contarle lo que le preocupaba de verdad, y la razón por la que le había hecho venir.

—He descubierto algo muy extraño estos días —dijo, removiendo por enésima vez su café—. Creo que es un virus nuevo. Tiene que ser eso.

—¡No me jodas! ¿Y eso era tan importante como para jugarme el suspenso de mañana en la Uni? —dijo Carlos sin disimular su decepción.

Antonio compuso una mueca de frustración.

—¡Ya está el señor importante con sus aires de grandeza! Los tristes mortales que optamos por el módulo no contamos para nada, ¿no?

—Sssh, baja la voz —chistó Carlos, mirando de reojo al señor que tenían detrás apoyado en la barra—. No empieces con eso, que ya me conozco esa canción. Haber estudiado más en el insti, como hicimos otros.

—Cada uno es cada uno —zanjó Antonio—. A unos se os da mejor empollar y otros nos va más lo práctico. ¿O ya no te acuerdas de quién te salvó el culo el día que se nos cayó la red del laboratorio de informática en la ESO? ¿O cuando te cargaste el MBR del portátil nuevo del profesor?

Carlos esbozó una media sonrisa, ablandado por el recuerdo.

—Bueno, casi nos expulsan por aquello. Si no llegas a arreglarlo…

—Pues eso. Ten un poco de confianza en mí y escúchame, que sabes perfectamente que no te llamaría por una chorrada.

Carlos le miró a los ojos y apuró el café.

—Camarero, ponnos otros dos cuando puedas —dijo finalmente, antes de volverse hacia Antonio—. Venga. Te escucho.

Antonio cruzó una mirada casual con el hombre de la barra cuando fue a recoger los cafés, aún humeantes. Calvo, con bigote, de ojos claros. Algo en la actitud del hombre le resultó desagradable. Recordó que al entrar ellos, ese mismo estaba fuera fumando en pipa. Regresó, se inclinó sobre la mesa y bajó la voz.

—Todo empezó anteayer con el del tercero. Me llamó porque el ordenador no le tiraba. Tenía la máquina reventada de adware y un minador de Ethereum chupándole la CPU. Le limpié la mierda y, al reiniciar, vi un icono raro en la esquina de la pantalla. Era como transparente, mal dibujado. Encajaba más o menos en el espacio de la bandeja del sistema, pero parecía superponerse a otros iconos de esa zona.

Carlos frunció el ceño, cabizbajo, y apoyó los codos en la mesa.

—¿Un icono corrupto? Eso pasa a veces con la memoria de vídeo, Antonio.

—No era un fallo de renderizado —interrumpió Antonio—. Al acercar la lupa de Windows, el icono desaparecía. Ningún

icono se comporta así. Al final no se me ocurrió otra que coger la lupa gorda de su abuelo y mirar la pantalla directamente.

—¿Y?

—Eran un puñado de píxeles dibujados a pelo, saltándose las bibliotecas del sistema operativo. Un fuego diminuto. Una llama verde.

Carlos se quedó inmóvil. La cucharilla de café que sostenía en la mano chocó suavemente contra el plato.

—Al principio no le di importancia —continuó Antonio—. Pero ayer miré los ordenadores de cuatro vecinos más. Gratis, con la excusa del mantenimiento. Carlos… lo tienen todos. Da igual que usen Windows, Linux o que el PC tenga diez años. La llama verde está en todo el bloque. Y en el mío también. Ha aparecido en tres días y se propaga a una velocidad acojonante.

Antonio esperaba una contestación burlesca o una teoría técnica, pero Carlos no dijo nada. Se había quedado petrificado, mirando por encima del hombro de Antonio, lo que parecía uno de los espejos del bar.

Antonio intentó darse la vuelta, pero Carlos le cazó la muñeca al vuelo con un apretón seco.

—No mires —murmuró Carlos, casi sin mover los labios.

Acto seguido, sacó el móvil del bolsillo, no para encenderlo, sino para usar el cristal negro de la pantalla apagada como un retrovisor disimulado. Por último, encogió los hombros y esbozó una sonrisa. Antonio ya se estaba oliendo algo parecido desde hacía rato.

—¿No pensarás que es una conspiración, verdad? Probablemente, te has topado con algún tipo de campaña de

marketing refinado. Ya verás como pronto se resuelve tu misterio —Carlos pareció olvidarse del asunto y ponerse a responder algún mensaje de WhatsApp.

Antonio notó una patada por debajo de la mesa. Siguiendo la mirada de su amigo, se fijó en su propio teléfono. La pantalla de bloqueo mostraba una notificación de Telegram:

«Sígueme la corriente y no vuelvas a mencionarlo.»

—Y yo que me esperaba que fuera algo realmente interesante. Debo de estar perdiendo facultades —soltó Antonio, y ambos se rieron de buena gana.

Tras otro rato de charla intrascendente, terminaron los cafés, pagaron y salieron a dar un paseo.

No fue hasta que Carlos juzgó que estaban bastante lejos y que nadie les había seguido cuando decidió hablarle con franqueza.

—Lo que has descubierto es, como creías, un malware muy peligroso. Llevo un tiempo siguiéndole la pista junto con otras personas. Te contaría más, pero ahora tengo que volver a estudiar. Es en serio, llevo fatal el examen de mañana.

—¡Uf, qué agonías! —le espetó Antonio—. Y tendrás el valor de dejarme en la inopia, después de la que has montado en el bar.

—Mañana quedamos, a la misma hora si quieres, en la puerta de la iglesia del barrio. Prometo que te diré cuánto sé.

—Venga, vale. En eso quedamos.

Los dos amigos se despidieron.

Esa fue la última vez que Antonio de la Vega vio con vida a su amigo Carlos Abad. Al día siguiente encontraron a Carlos sin

vida en un callejón maloliente. Alguien le había apuñalado en un ojo con un fino estilete, hasta el cerebro.

2. El Segundo Concilio

Con la Luna llena muy baja en el horizonte y Venus brillando con fuerza casi en el lado opuesto, la Osa Mayor insistente en su demarcación del norte y la constelación del Cisne reinando en lo alto de la bóveda celeste, L0pthR aparcó su Daewoo en el casi desierto polígono industrial entre San Fernando de Henares y Coslada. Silenció el motor y apagó las luces. El murmullo de la noche era apenas contaminado por el paso de un tren de cercanías ocasional de la cercana línea del Henares o por el goteo de coches en las autovías del Nordeste o de Circunvalación.

En el asiento del copiloto abrió el portátil de turno, el OA S-273, le enchufó la llave USB cifrada con su propia versión de Arch, extrajo la potente antena wifi Alfa AWUS036ACH de la guantera que desplegó sobre el salpicadero, la enchufó con su cable en un puerto libre y oprimió el botón de encendido modificado con el *kill switch* que le permitía cortar la corriente en medio segundo en caso de necesidad.

El sistema le solicitó la frase de paso, tras lo cual inició con suavidad. Un script forzaba una MAC Address aleatoria en cada reinicio, lo cual era una precaución secundaria dada su costumbre de no reutilizar un Ordenador Avatar más de unos pocos días o semanas, tras lo cual pasaba al siguiente y destruía el anterior.

Se conectó a la wifi de una PYME cercana que había comprometido días atrás. Inició Tor con systemctl. Su configuración ya contaba con un puente obfs4, por lo que solo le restó abrir WeeChat.

```
/proxy add tor socks5 127.0.0.1 9050
/server add concilio2
v3council4x6k7yp5z2a7m3qe5t7y7u2i4o6p7a2s2d4f6g7h2j2k4l6.onio
n:6697
/set irc.server.concilio2.proxy "tor"
/set irc.server.concilio2.ssl on
/set irc.server.concilio2.ssl_verify off
/set irc.server.concilio2.nicks "Sauron,Sauron_,SauronAdmin"
/set irc.server.concilio2.sasl_mechanism plain
/set irc.server.concilio2.sasl_username "Sauron"
/set irc.server.concilio2.sasl_password "***************"
/save
/connect concilio2
```

Había seguido escrupulosamente el protocolo que exigía su nuevo cliente misterioso, a quien nunca había tenido ocasión de ver en persona. Se unió al canal y envió el primer mensaje de la noche. El nick que habían preseleccionado para él apareció junto con el saludo inicial.

```
* Sauron ha entrado a #concilio2
* ChanServ ha otorgado estado de operador a Sauron
```

Sauron: Listo.

Morgoth: Fases 1 a 3 ejecutadas. Madrid, Sevilla y Barcelona bajo control.

Morgoth: La consola remota responde según lo pactado. Buen trabajo en el motor polimórfico.

Sauron: Ya dije que las especificaciones se quedaban cortas.

Morgoth: Hay un problema.

Sauron: ?

Morgoth: El icono verde superpuesto en el system tray.

Morgoth: Dijimos sin firmas. Sin marcas de agua.

Sauron: Es una rutina visual pasiva. No afecta a la persistencia ni añade firmas estáticas en los binarios.

Morgoth: Me da igual la técnica. Es un distintivo. Es ruidoso.

Sauron: Un trabajo de este nivel no se entrega de anónimo. Es reputación.

Morgoth: Tu reputación nos importa exactamente nada. Esta operación requiere sigilo absoluto. Te estamos pagando por ello.

Morgoth: Despliega una actualización antes de las 06:00 UTC. Elimina el gráfico de todos los módulos.

Sauron: Modificar el instalador a estas alturas podría introducir algún problema imprevisto.

Morgoth: Límpialo.

Sauron: Entendido.

Morgoth: No habrá un tercer aviso, Sauron.

```
* Morgoth ha salido (Quit: Disconnected)
```

L0pthR realizó el */quit* para abandonar el servidor IRC, tras lo cual apagó el portátil, se guardó el pendrive y devolvió la antena a la guantera. Mecánicamente, se puso el cinturón, arrancó y dejó atrás el polígono en dirección a Madrid.

Técnicamente, era posible retirar el logo, pero esa acción chocaba frontalmente con su caprichoso ego. Sabía que había diseñado y llevado a cabo el que sería probablemente el malware más sofisticado del mundo hasta la fecha. Dejar su obra sin firmar, y sin un distintivo que proclamara al mundo su

presencia… Eso no era algo que entrara en sus planes más inmediatos. Y, sin embargo, tampoco podía jugársela a esta gente. No les veía haciendo amenazas gratuitas.